

MUÑECOS

por
Jesús Sanz

Registro propiedad intelectual: M-002263/2008

Como cada noche, desde hacía ya algún tiempo, Humano había salido en busca de una pieza que cobrarse. Furtiva, subrepticamente, corría buscando un obstáculo que le permitiera ocultarse.

Con el cielo como único testigo, Humano se adentró en uno de los parques de esparcimiento de los que gozaba la ciudad, desprovistos a esas horas del bullicio que los caracterizaba durante el día. El suelo metálico devolvía el sonido de sus pasos transformándolos en una nota grave que se repetía a intervalos regulares. Atravesó el parque sin perder de vista la calle que lo delimitaba, con la esperanza de que alguna víctima cayera en sus redes. Parecía que aquella noche tampoco iba a poder ser.

¿O sí?

Aguzó el oído. Aquello parecía un motor. Corrió detrás de una de las estatuas metálicas que engalanaban el parque para esconderse. Efectivamente aquello era un motor. Y se acercaba.

Se tumbó en el suelo confiando en su suerte, observando como un tiburón que espera a que pase una presa. Por la calle no tardó en aparecer un coche que paró en un semáforo con tres pececillos en su interior.

No dudó. De un salto se puso en pie y desfundó el arma.

Un disparo, un resplandor, y en el coche quedaron dos ocupantes. Otro disparo, otro resplandor, y en el coche quedó un ocupante. No hubo un tercer bis. Se abalanzó sobre la portezuela que se abría para dejar escapar al tercer pasajero. Humano no perdonó. El pececillo dio un par de torpes aleteos. El tiburón cerró las mandíbulas.

Había algo extraño en esa muñeca. No era la mordaza que tapaba su boca, ni la lágrima de plástico que caía sobre su mejilla. Era que esa muñeca estaba mirando a Humano con terror. Él se acercó y se puso frente a ella. No solía hablar. Él sostenía que el silencio no le había hecho daño como para faltarle el respeto de esa manera. Pero por primera vez en mucho tiempo, habló.

– Siento que tengas que pagar tú por esto, ni siquiera te conozco, pero estoy cansado de seguir así y ahora tú estás sentenciada.

Humano se irguió y salió de la habitación. Él iba a matarla, pero no quería hacerlo todavía.

La base militar abandonada era un buen refugio. Se había perdido en el tiempo de cuando databa, pero debía ser antiquísima pues se había construido con ladrillo. Como todas las construcciones de ladrillo, su acceso estaba prohibido a la población.

A la población. A los muñecos.

Humano salió a la azotea del edificio que habitaba de la base y miró la ciudad. Las chimeneas de las fábricas humeaban ya. Los muñecos se habían despertado y ocupaban sus puestos de trabajo, acudían a la escuela, o hacían la compra en el supermercado. Aunque Humano no podía ver nada de esto no podía dejar de imaginárselo, y le asqueaba. La ciudad que se extendía ante sus ojos estaba habitada por muñecos y él, Humano; era el único humano.

Al otro lado de la azotea del edificio había una pila de revistas que humano había ido coleccionando en sus escapadas nocturnas. Tenían algo que le fascinaba, y era el odio que sentía hacia ellas.

Cogió la lata de gasolina que guardaba para la ocasión y la vació sobre la montaña. Un viejo mechero hizo el resto. La pira ardía levantando una impresionante nube de humo. Uno de los ejemplares, medio calcinado, calló de la pira a los pies de Humano. Cuando ya se disponía a devolverlo a la hoguera no pudo evitar echar una última ojeada. Cogió el ejemplar y empezó a pasar páginas. Conforme lo hacía, diferentes muñecos le invitaban a disfrutar de los más inusitados placeres. Un muñeco joven y de aspecto alegre, guiñándole un ojo, le conminaba a fumar tabaco Creek. Una muñeca de sinuosas curvas y pelo de estropajo sonreía mirando la nada ofreciéndole una botella de whisky Meadow. A la vuelta de la página un grupito de muñecos de familia acaudalada jugaba al tenis. El pie de foto lo rubricaba el nuevo Sambraan 5000, que prometía hacer tu vida más fácil si lo financiabas en cómodas cuotas.

Humano cerró la revista y la devolvió al montón donde terminó de consumirse.

El inspector no estaba para bromas ese día. Sólo era un accidente, se repetía, pero nunca había visto uno tan extraño. "Algo" había atravesado la luna del vehículo y después los cuerpos, provocándoles heridas mortales. El equipo de especialistas andaba en busca de ese algo.

El inspector no le quitaba ojo al vehículo. Había algo que no encajaba. La puerta trasera del coche, donde no había nadie, estaba abierta, mientras que las delanteras, donde estaban los cadáveres, seguían cerradas. El inspector miró el interior del vehículo a través de la puerta. Después miró a la calle, y después volvió a mirar dentro del coche. Entonces creyó comprender. Uno de los ocupantes había escapado.

En la ventana, escondida tras una persiana, una vecina miraba la labor de los policías. Indecisa, bajó la persiana y se adentró en su casa, dilucidando si intervenir o no.

Unos gritos llamaron la atención de humano, que se asomó a ver que sucedía en las pistas de la base. Como otras tantas veces, unos muñecos de pocos años de edad jugaban en las pistas de la base militar. Que el acceso a los edificios del casco antiguo de la ciudad estuviese prohibido solía mantener a raya a los adultos, pero ejercía un efecto imán sobre los menores. Nunca solían dar problemas. Se subían a los aviones fantaseando con el ser que podía manejar aquellos mandos de tamaño desmesurado para los brazos de un muñeco adulto, y se iban a sus casas contentos de haber vivido una nueva experiencia. Alguna vez, y de forma excepcional, los más atrevidos se aventuraban en el interior del edificio. Humano solía esconderse hasta que se marchaban, y ningún grupo solía permanecer más de unos pocos minutos antes de asustarse por la menor minucia. Sólo una vez, dos tal vez, tuvo que salir de su escondrijo y asustar a los chicos. No solían verle, sólo se dejaba oír o aparecía gritando a contraluz. Invariablemente todos huían y no volvían. A los niños no se les ocurriría contar a sus padres que habían estado jugando en la antigua base militar. Si alguno lo hacía y contaba lo sucedido, solía recibir una reprimenda, un castigo a la medida de la fechoría, y una caricia en la cabeza por creer en esas tonterías de monstruos que habitan bases abandonadas.

Estos niños eran de los problemáticos. Poco a poco habían ido dejando sus lugares de juego para mirar intrigados hacia la azotea. Ahora ninguno jugaba ya y el grupo de cinco niños se había reunido en el centro de las pistas de aterrizaje y miraban a la última planta del edificio. Los ojos de Humano recorrieron la azotea buscando el reclamo de los niños. Horrorizado, comprobó cómo la montaña de revistas todavía humeaba mientras terminaba de consumirse. Volvió la mirada al suelo de la base. Los niños ya no estaban.

Humano se dirigió corriendo a la planta baja, pero a la altura del primer piso el sonido de un cristal rompiéndose lo detuvo. De la planta de abajo llegaban susurros, jadeos, y alguna risita nerviosa. Los niños habían entrado. Humano contuvo la respiración, esperando que se marchasen. Pero los niños querían subir a la azotea. Oyó a los niños acercarse a la escalera y subir. Cuando llegaron a la primera planta, Humano ya no estaba allí.

Los niños siguieron subiendo, uno tras otro, la escalera. Desde su refugio en una de las habitaciones de la primera planta Humano pudo ver como los muñecos desaparecían en su ascenso.

No podía ser tan grave. Subirían, mirarían un poco lo que había y se acabarían yendo aburridos. Entonces Muñeca gimió. Débilmente, desde su encierro, había oído a los niños y ahora clamaba ayuda con las lógicas limitaciones que le imponía la mordaza.

Los niños bajaron a la primera planta, preguntándose de donde venían esos sonidos. La muñeca, consciente de que su esfuerzo no era en vano, siguió emitiendo su suerte de sonidos guturales para obtener ayuda. Humano reaccionó. Salió al pasillo y gritó. Los niños formaron una piña y miraron horrorizados la silueta que había aparecido repentinamente en el pasillo. Muñeca calló. Ahora que los tenía enfrente Humano pudo contarlos. De los cinco niños que había observado desde la azotea ahora sólo tenía cuatro delante.

Humano tomó la iniciativa. Cogiendo carrera, se lanzó contra los niños con un grito sobrenatural. La duda desapareció del grupo de muñecos que, atropelladamente, descendieron a la planta baja y salieron por donde habían entrado. Humano paró frente a las ventanas rotas que los niños habían atravesado. Dudó un instante, y decidió salir a cerciorarse de que todo había terminado.

Afuera no había nadie. Los niños parecían haber aprendido la lección. Hubiese vuelto adentro de no haber notado un movimiento extraño detrás de las ruedas de uno de los aviones de la base.

Cuatro niños, no cinco.

Avanzó despacio hacia la rueda del avión procurando no hacer ruido. El tren de aterrizaje le llegaba casi al pecho. Se colocó de espaldas a la rueda, divido entre la posibilidad de realizar un ataque rápido o mirar lentamente. Demasiado suspense, cuando al otro lado podía esperarle la nada. Decidido por la segunda opción, desde su lado de la rueda comenzó a asomarse lentamente hacia el otro. Al terminar el recorrido, se encontró con la cara del quinto muñeco, que había estado haciendo lo mismo pero desde el otro lado de la

rueda. La sorpresa de su rostro duró solamente un segundo para transformarse instantáneamente en terror. El niño salió corriendo despavorido hacia la valla que separaba la base de su mundo. Al no mirar atrás para ver si Humano lo seguía, no pudo ver que este en realidad regresaba al interior del edificio. Una vez dentro, al recordar lo sucedido, Humano sonrió para sí.

Cuando la puerta se abrió y por ella entró Humano de nuevo, Muñeca comprendió que no había conseguido nada. Frente a ella, Humano pensaba que hacer. "Este no es un buen sitio" concluyó, y arrastrando la silla a la que estaba atada su víctima se dispuso a buscar un lugar mejor donde esconderla.

El equipo de especialistas había hecho un buen trabajo: habían llegado a la conclusión que lo que andaban buscando eran dos piezas metálicas que habían salido proyectadas hacia los cuerpos, que habían provocado heridas mortales a los dos ocupantes, que tras atravesar los mismos habían quedado incrustadas en la carrocería del vehículo, y que se las dejaban al inspector jefe sobre la mesa de su despacho para que las estudiase y sacase las conclusiones pertinentes.

Al inspector esas piezas metálicas le eran familiares. Las había visto en algún sitio, pero no sabía donde. Cogió la bolsita de plástico transparente donde se hallaban y elevándola a la altura de los ojos las miró largo rato. Estaban deformadas por el impacto. Trató de devolverles la forma original, imaginando el impacto contra la carrocería y luego rebobinando. No cabía duda, él había visto eso antes. ¿Pero dónde?

El archivo era un lugar enorme, imposible buscar en él por fuerza bruta, sin un criterio en el que cobijarse. El inspector se encaminó al listado de temas que había cerca de la entrada. "criminología", "ética", "botánica"... En el archivo concurrían revistas, fotografías, libros e informes de lo más variopinto. Los ojos del inspector siguieron recorriendo la larga lista sin que nada le inspirase, hasta que de repente se detuvo. "Sucesos paranormales". No podía ser, pero ahora lo veía claro. Se encaminó hacia la estantería que indicaba el listado.

Su hijo, de apenas 13 años, era aficionado a esas publicaciones. Él nunca se lo había reprochado, "esas cosas le gustan a los críos", se decía. Alguna vez, de manera excepcional, él mismo había ojeado algún número, encontrándolo lleno de "paparruchas divertidas". Pero ahora sospechaba que tenían la solución del caso.

507B. Ya había llegado. Buscó la revista que le sacaba el dinero a su hijo, "Existe", y hojeó el amplio catálogo que el archivo ofrecía. La situación mejoraba, pero no mucho. No podía revisar uno a uno los más de mil ejemplares que tenía ante sus ojos. Y entonces recordó. Había ojeado la revista porque su hijo se la había dejado sobre la mesa para ir a jugar al torneo del colegio. El torneo se celebraba en Mayo, en Navidad; y la revista era mensual. Reconoció la portada nada más localizar el ejemplar y pasó las páginas furioso en busca de su premio. Allí estaba. Las piezas metálicas que guardaba en su bolsillo estaban ahora ante sus ojos en un artículo de la revista Existe. La foto mostraba los proyectiles antes y después de ser usados. Tenían la forma de huso que había imaginado (o, como pensaba ahora, recordado). Pero el problema era el artilugio de disparo. Un extrañísimo útil de metal, formado por dos piezas metálicas unidas en forma de ángulo recto, con un pequeño gancho retráctil en el punto de conexión de ambas zonas. Un muñeco no podría usarlo. Un muñeco ni siquiera querría usarlo. Los muñecos no tenían armas. Los muñecos no se mataban entre sí.

Leyó el artículo con avidez y, cuando terminó, lo dejó caer al suelo sin querer creerlo. No podía ser. "Paparruchas divertidas", sólo eran eso. Miró la revista en el suelo, que había quedado abierta por la página del artículo maldito. Estaban allí, no cabía duda, eran los mismos proyectiles.

¿Podía ser cierta la leyenda?

La última planta era un lugar mucho más adecuado, ahora que la pira se había apagado. Allí ella no podría hacer nada. Humano miró alrededor buscando el mejor sitio para ocultarla, y reparó en una puerta a la que nunca antes había prestado atención. Accionó el picaporte: estaba cerrada. Derribó la puerta de una patada y entró en la habitación arrastrando la silla y colocó a la muñeca en su interior. La habitación, en contraste con las del primer piso, tenía la ventana perfectamente abierta y por ella entraba el sol sin dificultad alguna. A Humano le pareció tétrico. Prefería la oscuridad de las plantas de abajo, donde no tenía que enfrentarse a lo que había hecho.

Escudriñó la habitación. Llevaba tiempo escondido en la base y creía conocerla entera, pero la verdad es que nunca había tenido curiosidad por entrar en aquella sala. Su estado era deplorable, parecía que la hubieran saqueado o algo parecido. Las estanterías, destrozadas y vacías. El suelo, cubierto de los pedazos que le faltaban a las paredes. Realmente todo estaba así en el edificio, pero en el resto de habitaciones, al menos,

no era evidente.

Humano se acercó a las estanterías. Era extraño. Era la única habitación que estaba cerrada con llave pero no parecía digna de ese privilegio. Miró una estantería. Totalmente desvencijada, no tenía nada que ocultar. Tocó un poco una balda y ésta calló al suelo. Probó suerte con el armario de enfrente. La puerta estaba abierta y su interior igualmente vacío. La mesa estaba volcada en el suelo. La levantó, la movió y volvió a dejarla donde estaba al no encontrar nada debajo. Muñeca lo miraba asustada, sin poder comprender por qué hacía eso.

Humano empezó a remover los escombros del suelo, pero debajo sólo había ladrillos y suciedad. Se dio por vencido. Sencillamente alguien decidió cerrar la puerta por costumbre, porque se lo indicaron, o simplemente porque sí. Salió de la habitación y cerró la puerta. Volvió a abrirla. Esa baldosa era distinta a las demás. Se acercó a la esquina de la habitación. La muñeca lo seguía con los ojos. Se arrodilló sobre la última baldosa de la habitación y le dio un ligero golpe. La baldosa respondió con un pequeño desplazamiento. El corazón de Humano latía a cien por hora. "Quizá sólo sea una baldosa despegada". Pero a las baldosas despegadas no les crecen escondites debajo. Humano miró en su interior. "Quizá sólo sea un desperfecto en el suelo". Pero los desperfectos en el suelo no ocultan libros en su interior. Humano sacó el volumen temblando de emoción. Era una ejemplar voluminoso y amarillo, con la cubierta destrozada por el paso del tiempo. Tenía el lomo reforzado con cinta marrón. Humano se sentía como un cazador de tesoros que encuentra una prestigiosa pieza. Se sentó en el suelo y abrió el ejemplar por las primeras páginas. Un mono le devolvió la mirada. Humano frunció el ceño. Intentó leerlo, pero estaba escrito en un idioma extraño. Pasó unas cuantas páginas. El mismo mono aparecía en otra ilustración ¿O era diferente? Parecía el mismo, pero ahora estaba como más... como más erguido. Pasó otro bloque de páginas. Lo que vio le dejó sin aliento. Era alguien como él. Era un hombre, aunque sólo en dibujo. La figura, de aspecto bonachón, con un sombrero azul y la mano metida en la camisa a la altura del pecho, parecía observarle. Debía tratarse de un libro de ciencia ficción, escrito por una imaginación desatada que había encontrado en el lápiz y el papel una forma de expresión. Pasó otro bloque de páginas. Aquello ya no era un dibujo, aquello era una fotografía. Antigua y sin color, pero la fotografía de un hombre que brazo en alto y bigotito bajo la nariz parecía estar saludando a alguien. Hombres, había habido hombres. Humano no podía creerlo. Pasó más páginas y encontró más fotos, primero en blanco y negro, luego en color. Fotos de hombres trajeados que se daban la mano, fotos de hombres que posaban para la foto, fotos de hombres ataviados con batas blancas y que sonreían. "Son felices" pensó Humano. Ávido de más pasó otro gran bloque de páginas, encontrándose con un muñeco impreso en el folio. Compungido, como el que intenta correr en una pesadilla y no puede, pasó más páginas, y más y más muñecos le devolvían la mirada, unos solos, otros en grupo, todos sonrientes.

"Son felices" pensó de nuevo Humano.

Soltó las páginas y por costumbre, el libro se cerró automáticamente pasando las imágenes que guardaba como un zootropo.

El mono, el hombre, el muñeco.

Humano salió de la habitación.

Aquella noche pudo dormir. Había habido humanos, pero ya no. Ahora estaba sólo. Las páginas con fotos volvían a su mente y se sentía morir. "Son felices" se repetía, martirizándose, y fue en este absurdo trance cuando una nueva idea iluminó su mente.

"No son felices", dijo para sí, "son iguales".

El nuevo día no fue mejor para el inspector. No le gustaban los casos que se le escapaban de las manos y este era uno de ellos. Él había informado a su equipo de la posibilidad de que uno de los ocupantes del coche hubiese huido, y la investigación así lo había confirmado, pero ahora en su cabeza la palabra "huida" había sido sustituida por "secuestro". Además los extraños proyectiles encontrados habían desatado la imaginación de su equipo. Más de uno ponía en duda la idea del accidente (¿De dónde habían salido?) e incluso alguna vez le había parecido que alguno pronunciaba a sus espaldas y susurrando la palabra "asesinato". Pronto le pedirían algún avance, y todo lo que tenía eran las páginas de una revista amarilla.

Alguien golpeó la puerta. Detrás se hallaba la vecina que por fin se había decidido a cambiar las persianas de su casa por las de la comisaría de policía. Entró en el despacho a una señal del inspector y le comunicó su deseo de hablar con él sobre el caso de la familia asesinada. El inspector miró hacia un lado, ya le había tocado gente como esa en otras ocasiones y no era fácil librarse de ellos. Le agradeció su generosidad y su buen hacer, y amablemente le señaló la puerta. La vecina insistió. Ella vivía enfrente del lugar de los

hechos; les sería muy útil su ayuda. El inspector se lo agradeció nuevamente, se ofreció a tomarla datos y, si fuera necesario, ya se pondrían en contacto con ella.

– He visto al asesino.

El inspector la miró fijamente. Las balas que guardaba en su bolsillo parecieron aumentar de peso repentinamente. Sin que pudiera evitarlo, el artículo de la revista volvió a su mente. Amablemente, y esta vez de verdad, le pidió a la vecina que se sentase y le contase lo que había visto. Nerviosa, se sentó frente al inspector y examinó su despacho con la mirada. Como todos los lugares públicos estaba dotado de micrófonos que registraban las conversaciones, y la vecina no quería ver dañada su reputación.

–¿Podemos hablar en otro sitio?

Humano se levantó como si le hubiesen pasado por encima mil camiones. No podía quitarse de la cabeza los seres humanos que había visto el día anterior. Si hubiese vivido en otro tiempo, no estaría sólo.

Con desgana y dolorido se levantó del montón de ropa vieja que le hacía servir de cama y notó el azote del hambre. Tenía que desayunar algo.

En uno de los hangares Humano había fabricado una improvisada cocina. No era ningún lujo pero algo se podía comer. Los muñecos no necesitaban eso, pero a Humano le gustaba alimentarse. Además, en una de sus habituales escapadas nocturnas había encontrado un televisor que, a falta de mejor víctima, acabó volviendo con él a la base. No funcionaba bien, pero había conseguido arreglarlo y adaptarlo a sus manos, y salvo alguna pérdida de sintonización casual, cumplía con su función.

Humano encendió el televisor. Solía ponerlo por las mañanas, mientras echaban el telediario, y así podía enterarse de lo que se cocía en el mundo que le había tocado habitar.

El noticiero no sorprendía al mostrar su habitual rosario de matanzas, pero ofrecía una pequeña diferencia: esta vez, el protagonista era él. Humano no parpadeaba. La televisión mostraba el lugar donde la noche anterior había secuestrado a la muñeca. Resulta curioso como el mismo lugar parece distinto sólo por haber amanecido.

Algo no marchaba bien. El presentador hablaba sobre la posibilidad de que se conociera la identidad del asesino. Debía ser una treta, una trampa para ponerle nervioso y que cometiera un error. Añadía también que estuvieran preparados, que dieran crédito a lo que se les iba a comunicar, y que se prepararan para combatir a la bestia. A Humano el corazón le estallaba en el pecho. Parecía que los ojos le iban a saltar de las órbitas y sus oídos trabajaban a pleno rendimiento expectantes a la próxima frase. Entonces el televisor perdió la sintonización. Humano se abalanzó sobre la antena desesperado intentando recuperar la comunicación. Izquierda, derecha, hacia delante, hacia atrás... El sonido distorsionado que emitía al no recibir señal le ponía más nervioso aún. Finalmente el sonido desapareció. La señal debía haber vuelto y los ojos de Humano enfocaron la pantalla. Allí estaba él, retratado en uno de esos dibujos al carboncillo con los que identifican a los criminales más buscados. Alguien le había visto y le buscaban. Apagó el televisor y pensó. Debía haber sido en la escena del crimen, de lo contrario no habrían publicado su retrato, sino que habrían ido directamente a por él. Podía quedarse quieto y no salir de allí, pero estaban los niños. El último escondido tras la rueda del avión le había visto la cara. Los padres no creían las historias fantásticas que cuentan sus hijos, pero la cosa sería muy diferente si el monstruo salía en el telediario. No había nada que hacer. No podía esperar más. El plan debía terminar, y con él su sufrimiento. Subió corriendo hasta la última planta y entró en la habitación de la muñeca.

Ella iba a morir.

No había nadie en las inmediaciones de la base, y nadie pudo oír como una sierra mecánica corta la carne y después el hueso. Cuando Humano recuperó el conocimiento, la muñeca ya estaba muerta. Miró a su derecha, extendió los dedos y los volvió a cerrar. Miró a su izquierda e hizo lo propio. Era distinto, pero volvería a acostumbrarse. Al fin y al cabo ya sabía que la carne es distinta al algodón. Miró el suelo de la habitación y vio el resto de miembros esparcidos. Aún le quedaba trabajo por hacer.

Elsa no podía creerlo. ¿Había comprado un periódico serio o una novela barata de ciencia ficción? ¿O es que acaso era el día de los inocentes?. Pero no. El periódico, la televisión, la radio... todos los medios de comunicación parecían haberse vuelto locos y advertían a la población de la amenaza del humano.

Elsa recordó cuando era pequeña y de noche se despertaba asustada con alguna pesadilla. Su madre la tranquilizaba diciendo que los monstruos no existían, y ella volvía a dormir.

“En este mundo no hay personas”, pensó. “En este mundo sólo hay muñecos”.

Por la noche, se despertó sobresaltada. Por más que lo intentaba, no podía quitarse de la cabeza el rostro del humano. Buscó el periódico y miró de nuevo el retrato. Quizá fuera sólo su imaginación, pero ese rostro le era familiar.

Cuando era pequeña, a Elsa le gustaba jugar con su hermano. Ella se ponía triste cuando él caía enfermo pues ya no podían jugar, aunque siempre volvían a las travesuras cuando él se curaba. Pero la última vez no mejoró. Se cubría con abrigos en pleno verano, asegurando que tenía frío, y costaba verle la cara con la gorra que siempre llevaba puesta. Se pasaba el día encerrado en su habitación leyendo y pensando en sus cosas. La última vez que ella lo vio, él corría alejándose de la casa sin motivo. Elsa, asustada, corrió tras él y lo llamó. Él se dio la vuelta y Elsa quedó paralizada. Él siguió corriendo y se perdió.

Ella no creía en monstruos ni tampoco en fantasías, su madre se lo había enseñado. Pero durante un segundo, durante un sólo segundo, hubiera jurado que había visto como la tela se transformaba en piel...